

## **Domingo de Pentecostés (2025)**

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

### **Homilía de Padre Sirba:**

Jesús prometió en numerosas ocasiones, especialmente justo antes de su Ascensión, que nos enviaría su Espíritu. Hoy, (en la vigilia de Pentecostés) (Domingo de Pentecostés), celebramos el día en que el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y la Santísima Virgen María. Como leemos en los Hechos de los Apóstoles:

**"De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos".**

El Domingo de Pentecostés se celebra 50 días después de Pascua y es el último día del Tiempo Pascual. Jesús vino a enseñar y a redimir. Nos enseñó qué debemos hacer y creer para heredar la vida eterna, qué debemos hacer para llegar al cielo. Además, mediante las señales y prodigios que realizó, al curar a enfermos, ciegos y cojos, Jesús demostró que tenía autoridad para enseñar como **Él** lo hizo. Más aún, al tercer día después de haber sido crucificado, cuando resucitó de entre los muertos, demostró que era Dios.

Sus discípulos habían visto todo esto y habían llegado a creer todo lo que **Él** enseñaba. Sin embargo, aunque creían, les faltaba la fuerza y la voluntad para poner en práctica su fe. Les faltaba el valor para profesar abiertamente lo que creían en privado. Tenían miedo de vivir como Jesús les había enseñado. Por su parte, Jesús les decía constantemente: **«No tengan miedo»**. Era el plan de nuestro Señor enviar el Espíritu Santo para darles fuerza y valor, y para completar su obra de redención en ellos. Por eso les dijo: **«No tengan miedo»**.

Ahora observen lo que sucedió cuando vino el Espíritu Santo. Recibieron valor y fuerza. Los apóstoles fueron **«confirmados»** en su fe. Leemos en los Hechos de los Apóstoles:

**«Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse.... Salieron a la plaza y proclamaron públicamente su fe ante la gran multitud que estaba allí»**. De hecho, San Pedro habló con tanta fuerza, que aquel día se bautizaron y se añadieron 3.000 personas que **"acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones"**.

Cuando los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo en Pentecostés, fue la primera vez que alguien recibía el sacramento de la Confirmación. Esta venida del Espíritu Santo transformó a los Apóstoles, y ese cambio en ellos nos deja con dos puntos a considerar:

Primero: La obra de nuestra redención es realmente obra de la Santísima Trinidad, es decir, de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, todos actuando juntos para lograr nuestra salvación. El Hijo ofrece el sacrificio, el Padre lo recibe y el Espíritu lo santifica.

Segundo: Si bien Jesús enseñó a los Apóstoles lo que debían hacer y creer, fue el Espíritu Santo quien les dio la valentía para vivir su fe. Lo mismo ocurre con nosotros. Recibimos al Espíritu Santo en el Bautismo y la Confirmación, y Él nos da la valentía para vivir nuestra fe como discípulos de Jesucristo, y para hacerlo ante todas las adversidades y dificultades que podamos encontrar en esta vida.

Entonces, ¿quién es el Espíritu Santo y qué creemos sobre Él como católicos? Bueno, el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad. Se le llama Espíritu por cómo se reveló a los apóstoles: «**como un viento impetuoso**». La palabra latina para aliento es *spiritus*, de donde deriva espíritu. Esta palabra se tradujo al alemán como Heilige Geist, de donde deriva «Holy Spirit» en Inglés.

Ahora bien, el Padre es la primera persona de la Santísima Trinidad y el Hijo la segunda. El Espíritu Santo, el Paráclito (o Abogado), es la tercera. Sin embargo, esto no convierte al Espíritu Santo en el ganador de la medalla de bronce de la Santísima Trinidad. Tiene la misma dignidad que el Padre y el Hijo. No es ni menor ni mayor que el Hijo ni que el Padre, sino que, al igual que el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo siempre ha existido desde antes de la creación del mundo.

Distinguimos a las tres personas de la Santísima Trinidad diciendo que el Hijo procede del Padre, y que el Espíritu procede del Padre y del Hijo; por eso, en orden de procesión, las llamamos primera, segunda y tercera. Esto puede parecer difícil de entender, pero se debe a que el misterio de la Santísima Trinidad es el mayor misterio de nuestra fe católica. Si bien podemos comprenderlo hasta cierto punto, en general, simplemente tenemos que aceptarlo porque está más allá de nuestra comprensión.

Entonces, ¿qué hace el Espíritu Santo? Bueno, al Espíritu Santo le atribuimos la guía y supervisión de la Iglesia. El Espíritu Santo vela por sus líderes, aquellos designados para puestos de autoridad. Les concede gracias especiales para ayudarlos a actuar de la manera más beneficiosa para el crecimiento de la Iglesia. Desde los inicios de la Iglesia, el Espíritu Santo ha guiado a quienes han recibido la misión de difundir el Evangelio: los sacerdotes, los obispos y, especialmente, el papa.

El Espíritu Santo también nos guía en nuestra vida diaria. Surge del amor mutuo del Padre y del Hijo. Por lo tanto, los dones que recibimos de Dios por amor a nosotros se comprenden mejor cuando se atribuyen al Espíritu Santo. Al ser confirmados, recibimos muchos dones del Espíritu Santo. Estos incluyen los dones de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad y Temor de Dios. Estos siete dones especiales del Espíritu Santo son mencionados por el profeta Isaías (Is 11:2).

El don de Sabiduría nos ayuda a ver las cosas con claridad y a juzgar correctamente sobre las cosas de Dios. Por ejemplo, podemos ver en alguna prueba que es de Dios y reconocerla como tal, o podemos ver claramente cómo una acción nos acerca a Dios y otra nos aleja.

El segundo don es el Entendimiento. Nos da una comprensión de los misterios de nuestra fe. Vemos las cosas con mayor claridad. Por ejemplo, puede ser que no entendamos el papel de María en la Iglesia, o la presencia real de Jesús en la Eucaristía, pero al orar por el don del entendimiento, Dios nos da la gracia de ver y la enseñanza se nos hace más comprensible.

El tercer don es el Consejo. Este don nos permite tomar decisiones sobre asuntos prácticos, sobre qué es lo correcto. Por ejemplo, los padres pueden orar pidiendo consejo sobre cómo criar a sus hijos o cómo superar algún problema familiar. A través del don del consejo, también recibimos advertencias cuando el diablo nos tienta. Así, este don nos da perspectivas para resistir y evitar sus tentaciones.

El cuarto don es la Fortaleza. La Fortaleza nos da el valor de amar a Dios frente a los obstáculos y las tentaciones, y nos da la fuerza para hacer lo correcto.

El quinto don es el Conocimiento. Este don nos permite ver la mano de Dios en la creación y su presencia en el mundo. Nos ayuda a comprender que no somos independientes ni autónomos, sino que dependemos de Dios. A través de él, vemos cómo todo encaja en el gran plan de Dios para el mundo.

El sexto don es la Piedad. Este don nos atrae hacia Dios. Nos ayuda a ver cuánto lo necesitamos en nuestras vidas. La piedad nos permite ver la bondad de Dios, amarlo como Padre y obedecer su voluntad en todas las cosas.

El séptimo y último de estos dones especiales es el Temor de Dios. Este don nos inspira un gran respeto y reverencia por Nuestro Señor, lo que a su vez nos impide ofender con el pecado. El temor de Dios nos ayuda a comprender la infinitud de Dios y cómo debemos servirle, como criaturas.

Además de estos siete dones del Espíritu Santo, existen también doce frutos del Espíritu Santo: Caridad, Alegría, Paz, Paciencia, Benignidad, Bondad, Generosidad, Mansedumbre, Fidelidad, Modestia, Dominio de sí y Castidad (CIC 1832).

Podríamos pensar en estos frutos como el fruto de un árbol. A medida que el árbol madura, produce frutos. De manera similar, a medida que maduramos en nuestra fe con la ayuda de los dones del Espíritu Santo, estos frutos —caridad, alegría, paz, etc. -- se hacen presentes en nosotros y se revelan en nuestras vidas.

Los dones y frutos del Espíritu Santo nos recuerdan un último punto: la importancia de orarle. Necesitamos pedirle estas cosas en nuestra vida. Jesús dijo: «**Pedid y recibiréis**». Podemos olvidarnos de orarle al Espíritu Santo. Podemos dejar de pedirle lo que necesitamos, pero es importante que nos tomemos el tiempo para hacerlo, que lo hagamos con intención.

Así que nunca olviden orar al Espíritu Santo, especialmente cuando necesiten guía o la fuerza para tomar alguna decisión importante en sus vidas. Casarse, comprar una casa, cuándo y cuántos hijos tener, cambiar de trabajo, etc., son ejemplos de momentos en los que debemos orar especialmente al Espíritu Santo. También debemos orarle cuando tengamos que defender nuestra fe y necesitamos valentía para hacerlo.

Por último, quiero decir algo especialmente a los padres. La familia es una imagen de la Santísima Trinidad. Así como el Espíritu Santo procede del amor que existe entre el Padre y el Hijo, también en la familia los hijos provienen del amor que existe entre esposos. Por lo tanto, las parejas casadas deben orar especialmente al Espíritu Santo para tener la valentía de estar abiertos a la vida y al don de Dios de los hijos. Tengan presentes las palabras de Dios en el Salmo 127: «**Un regalo del Señor son los hijos, recompensa, el fruto de las entrañas**».

El Espíritu Santo avivó la fe de los apóstoles en Pentecostés. Hará lo mismo por nosotros cuando pidamos sus dones. Así pues, pidamos siempre al Espíritu Santo sus dones, especialmente el don de fortalecer nuestra fe católica y crecer en nuestro amor y conocimiento de Dios. Amén.